

La vejez como deterioro, una categoría de opresión social: Resituando a los adultos mayores

Karina Arias*

RESUMEN

Las desigualdades de la sociedad contemporánea hacia las personas que se encuentran en proceso de vejez han sido potenciadas por una visión del envejecimiento como decadencia, que se ha extrapolado hacia diferentes ámbitos sociales generando estigmatizaciones que han teñido los imaginarios respecto de la vejez, produciendo conductas opresivas y afectando directamente a quienes lo vivencian: los propios viejos.

Palabras clave: Vejez / Opresión / Estigmatización / Prácticas antiopresivas

ABSTRACT

The inequalities of the contemporary society towards the people who are in aging process, have been harnessed by a vision of the aging as decay. This has been extrapolated to different social areas, causing stigmatizations that have tinted the images regarding old people, creating oppressive behaviors and directly affecting those who suffer it: the old people themselves."

Key words: Aging / Oppression / Stigmatization / Anti-oppressive practices

* Chilena. Trabajadora Social. Directora Centro de Encuentro del Adulto Mayor (CEAM). La Pintana, Hogar de Cristo. karias@uc.cl

Antecedentes

Lo que define a la sociedad contemporánea es un proceso de modernización que va acompañado de un creciente proceso de globalización. Esto se manifiesta en la expansión universal de los mercados, de las comunicaciones, de la ciencia y la tecnología, de las estructuras políticas y las pautas culturales. Así, la globalización ha potenciado la especialización, diferenciación, individualización y racionalización de los sistemas en la sociedad contemporánea.

Entre los efectos ocasionados por la globalización, podemos mencionar la expansión de los mercados mundiales, los intercambios y relaciones crecientes entre distintas culturas, el incremento y tecnologización de las comunicaciones, entre otros. Asimismo, se observan cambios a nivel de los individuos, los cuales, entre otros muchos, se relacionan con la amplitud de oportunidades y posibilidades de elección respecto de las alternativas que van configurando sus vidas. No obstante, estas posibilidades se ven reducidas cuando los individuos vivencian las desigualdades que la globalización también conlleva. Según Giddens (2000), la globalización crea un mundo de ganadores y perdedores, en el sentido que algunos pocos se ven beneficiados por sus éxitos. Sin embargo, otros muchos experimentan sus consecuencias negativas, las que se traducen en desigualdad y marginación. En este sentido, la modernización y sus procesos generan una dialéctica entre crecimiento y desigualdad.

Lo anterior no implica que las desigualdades no hayan existido en otras épocas, no obstante los procesos que se han generado en las sociedades contemporáneas, han intensificado y potenciado el surgimiento de otras clases de desigualdad.

La desigualdad implica relaciones de poder en las que existen diferentes tipos de subordinación, lo cual lleva aparejado relaciones de dominantes y subordinados. Es así como en las sociedades contemporáneas se visualizan divisiones sociales que reflejan este hecho: desigualdades en términos de género, raza, clase, homosexualidad, discriminación de personas por presentar una discapacidad o simplemente por ser viejo.

En el presente artículo se centrará la atención en las desigualdades existentes hacia las personas que se encuentran en proceso de vejez

y envejecimiento, quienes vivencian diferentes situaciones de opresión¹, intentando develar estas situaciones.

Asimismo, se intentará refutar la idea de la vejez concebida desde un modelo médico tradicional que se basa en los aspectos biológicos, los cuales han sido extrapolados hacia los diferentes ámbitos sociales generando estigmatizaciones que se han traducido en prejuicios, tiñendo los imaginarios respecto de la vejez, generando conductas opresivas y afectando directamente a quienes lo vivencian: los propios viejos.

“La opresión puede operar en una cantidad de dimensiones diferentes que afectan simultáneamente al individuo” (Dominelli 1999: 27). Los orígenes de las prácticas opresivas hacia los viejos, o como otros llaman, adultos mayores, podrían radicar en los diversos cambios que se producen durante esta etapa de la vida, algunos de los cuales tienen directa relación con los cambios biológicos y fisiológicos.

Lo anterior es reforzado por el modelo médico tradicional que conceptualiza la vejez en términos de déficit y de involución, acentuando la percepción en el proceso degenerativo. Esta visión también remite a la idea de incapacidad, lo que se traduce en una actitud fatalista, en sentimientos de resignación, apatía y temor (Barros 2004).

Al envejecer hay un desgaste físico orgánico, por lo que se produce un deterioro biológico propio del proceso. El envejecimiento se caracteriza por ser continuo, progresivo e irreversible. Determina una pérdida progresiva de la capacidad de adaptación y sólo concluye con la muerte del individuo. Este proceso lleva al organismo a un estado de disminución de la reserva funcional, con lo que aumenta su labilidad. En este sentido, hay cambios que se generan con la edad, sin embargo hay también enfermedades asociadas al envejecimiento cuya frecuencia aumenta con la edad, pero no son parte del envejecimiento fisiológico.

Entre los cambios que se producen en la vejez se pueden mencionar los de tipo orgánico general (estatura, peso, masa magra y muscular,

¹ Se entenderá la opresión como: “Oppression is the process by which groups or individuals with ascribed or achieved power (the oppressors) unjustly limit the lives, experiences and/or opportunities of groups or individuals with less power (the oppressed)?”. NCVS, 1989 in Ward & Mullender, 1991, p.23 En: www.empowermentzone.com

metabolismo); cardiovascular, respiratorio, gastrointestinal, endocrino, renal, órganos de los sentidos, aparato osteomuscular, síndrome nervioso, cambios en la piel. La mayor o menor presencia de éstos cambios determina el estado de autovalencia e independencia con que los adultos mayores pueden desarrollar su vida.

La visión anterior se ha expandido hacia diferentes ámbitos de la sociedad, lo que se ha traducido en una serie de representaciones y conductas que atrapan a las personas adultas mayores en una posición de debilidad y fragilidad, frente a “otros” con mayor poder y capacidad.

Así una de las concepciones que asume la sociedad al respecto es el denominado “viejismo” el cual refiere a la discriminación y segregación de la población vieja, se la ve como una etapa de decadencia en lo físico y en lo mental, lo cual conlleva a descalificar y desvalorizar la vejez. Estas conductas pueden ser inconscientes, pero en su mayoría son conscientes y activas. “(...) el prejuicio de un grupo contra otro se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace, en el “viejismo” el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro. Vemos a los jóvenes temiendo envejecer y a los viejos envidiando la juventud” (Butler 1970 en Ludi, 2005:27). Así, es posible inferir que la vejez asusta, provoca angustia; parece un secreto vergonzoso; es un tema conflictivo, genera muchas desventajas, enfermedades; vejez remite a muerte. (Ludi, 2005).

En este sentido, hay quienes, intentando “suavizar” esta visión se dirigen hacia la búsqueda del rejuvenecimiento a través de la tecnología o la prolongación de la vida, “niegan o disfrazan la vejez exacerbando el cuerpo sano, vigoroso, ágil y sexualizado. Casi todos pretendiendo alejar la imagen que les devuelve la fealdad, arrugas, canas, “marcas” no queridas, imagen que los acerca a la propia muerte. La generación de imágenes eufóricas de la vejez, ligadas a mostrar vitalidad y belleza sólo desde el lugar del joven, impulsadas por el mercado, devuelve a los viejos una imagen no real” (Ludi 2005:151)

Estas concepciones colmadas de prejuicios son posibles de encontrar en la sociedad, en algunos expertos e incluso en los mismos viejos. Estos adoptan las características de quienes los miran y los nombran. Si la sociedad les entrega estas señales y los profesio-

nales con quienes interactúa aportan impresiones concordantes, difícilmente la autoimagen referirá a otra noción. “A un otro subordinado, jerarquizado, muy difícilmente se le otorgará un estatuto de legítimo pensamiento” (Héller 1990: 78), de modo que se reproduce la carga negativa de este imaginario social.

De tipologías estigmatizantes a diferencias legítimas

De acuerdo a lo anterior, se considera que una visión científico-biológica, por más que aporte “datos de realidad”, no es suficiente para dar cuenta de la complejidad que conlleva este proceso, pues el envejecimiento no constituye un problema sino que es un fenómeno social, complejo y multidimensional. Es importante reflexionar acerca de esta etapa como una más en la totalidad del ciclo vital, “no implica una ruptura en el tiempo, una etapa terminal, sino que es parte de un proceso (y también un proceso en sí misma) en que el individuo se relaciona con la estructura social con el mismo sentido con que lo hizo en otras etapas de su vida, aunque varíen las formas sociales” (Pérez 1997:96).

Asimismo, es importante considerar que la dependencia, la pérdida de funciones o la pobreza no son constitutivas de la vejez, sino que su presencia se encuentra influenciada por variables sociales, económicas y culturales distintas a la edad cronológica. En este sentido, al igual que cualquier miembro de otro grupo etario, los adultos mayores pueden, “potencialmente”, vivenciar su vida desde un estado de bienestar físico, psicológico y social; es decir, no existen motivos que de antemano supongan que una persona mayor sana no puede aspirar a su máximo bienestar sólo por tener cierta cantidad de años, aunque puede estar expuesta a riesgos que mermen este bienestar (Aranibar, 2001).

Las personas mayores, al igual que otros grupos de la sociedad, pueden desarrollar grados de actividad social, determinada básicamente por tres factores: las condiciones de salud, la situación económica y el apoyo social que reciba. “Por lo tanto, no es la edad lo que conduce a la desvinculación social; cuando esta ocurre, se debe a circunstancias asociadas, como la mala salud, la pérdida de amistades o la reducción de ingresos” (Aranibar 2001).

De acuerdo con lo planteado, “tantas son las formas de opresión existentes, todas las cuales están interconectadas e interactúan entre sí” (Dominelli 1999:25) que es difícil buscar una causa única para concebir el problema de la opresión.

Si a las nociones de opresión antes mencionadas se agregan aquellas desigualdades que tienen relación con los aspectos vinculados al bienestar económico, surgen otros tipos de opresiones vivenciadas por los adultos mayores.

Una de estas manifestaciones refiere a la disminución del ingreso económico debido al cese de la vida laboral activa, ya sea porque los viejos sienten presión para jubilar, aunque se conserven sus capacidades para desarrollar la actividad; o porque, estando sin fuente laboral en edades cercanas a la jubilación, no son considerados debido al componente etéreo y toda la carga cultural antes mencionada.

Actualmente, la concentración de oportunidades laborales para las personas mayores se encuentra en el sector informal. Sin embargo, limita su valor el bajo retorno que poseen los esfuerzos de aquellos que tienen la iniciativa de iniciar trabajos de tipo independiente, debido a los imaginarios desvalorizantes de la vejez a los que nos hemos referido anteriormente. Asimismo, por sus escasos recursos económicos, con la consiguiente debilitada capacidad de pago y su escaso atractivo económico, no son avalados por entidades financieras que les permitan concretar sus proyectos económicos y mejorar la productividad, generándose un círculo vicioso.

Así, cuando las personas jubilen lo más probable es que sus ingresos se reducirán. Por otro lado, si durante la vida laboral activa se ha trabajado independiente y/o no se cotizado lo suficiente, entonces, o no existe la posibilidad de pensionarse, o el monto de la jubilación no durará mucho tiempo. “En materias de previsión, se calcula entre el 30 y 40% la población que no cumplirá los requisitos de ahorro necesario para obtener la pensión mínima en los sistemas de AFP” (Lechner 1998:36)

En este sentido, Ludi (2005) señala que el envejecimiento de la población, ha aumentado la relación económico-legal “activo-pasivo”, tendencia fortalecida por el aumento de la esperanza de vida que prolonga el período de cobertura. El desequilibrio de ésta relación

ha sobrecargado a tal punto los sistemas de seguridad social, que la población adulta mayor tributaria / beneficiaria, se constituye en uno de los sectores más empobrecidos de la sociedad.

En términos generales y para todos los grupos etarios, la ampliación de las desigualdades se asocia a la persistencia de la pobreza y se vincula al ajuste y las reformas económicas de los años ochenta y posteriormente a la consolidación del modelo de desarrollo vigente (Pizarro, 1999).

En 1978 se realizaron reformas estructurales en materia de previsión y salud. En dicha época el Estado evaluó que no tenía capacidad para absorber estos gastos, por lo que delegó en empresas privadas su administración. Hoy “el Estado (es) requerido para hacerse cargo de los sectores más desposeídos de la población estableciéndose una paradoja: el mercado y los sistemas privados se hacen cargo de los sujetos de los cuales pueden obtener lucro y el Estado trabaja a pérdida con los desafiados y excluidos de los otros sistemas (Matus, 2006).

Entonces, la situación se complejiza si a la vejez se le agrega un componente de pobreza a lo largo de la vida, puesto que al experimentar éste período, aumenta su desprotección e incrementa su situación de pobreza. “Viven su proceso de envejecimiento al interior de un movimiento de reproducción social en el que siempre han estado involucrados: el no acceso a un trabajo “estable”, (...) que les brinde ciertas seguridades, una protección social adecuada” (Ludi 2005: 42). Se genera así, una doble exclusión.

De este modo, las consecuencias negativas del sistema de seguridad social, recaen especialmente en los sectores más pobres, ya que “aumenta la degradación de las condiciones de vida y las demandas sociales” (Ludi 2005:155).

Los ejemplos anteriores dan cuenta de las prácticas opresivas que se han generado a nivel social, las cuales pueden tener sus orígenes en los problemas estructurales de distribución del ingreso, en la intencionalidad de la economía, en las visiones de la vejez, o en otros aspectos que se han venido arrastrando por generaciones, sin embargo son las personas mayores quienes deben enfrentar día a día las consecuencias de esta opresión.

Es innegable que las personas mayores tienen una capacidad biológica progresivamente atenuada. No obstante, no puede dejar de mencionarse que, al mismo tiempo, poseen capacidades cognitivas, afectivas, volitivas, y espirituales, las que no necesariamente disminuyen, sino que incluso pueden aumentar. Son, justamente estas capacidades las que se activan, para enfrentar situaciones estresantes y que les hacen ser resilientes (PUC, 2004).

La creación de intervenciones antiopresivas que posibiliten la generación de actitudes igualitarias que se traduzcan en prácticas igualitarias hacia las personas mayores, requiere la valoración de los aportes que éstas pueden realizar.

Las personas mayores tienen un importante rol en relación con la transmisión de la cultura y las tradiciones. Además aquellos que son abuelos, en ocasiones cumplen un rol importante es la educación y cuidado de sus nietos, especialmente por razones laborales de los padres, contribuyendo así a la subsistencia económica del grupo familiar. Esto permite hacer referencia a las lógicas que se encuentran presentes en las etnias que tienen una visión más integrada, similar a un espiral. Estas miradas valoran los conocimientos, la experiencia, los saberes, entre otras riquezas de los adultos mayores que conforman su comunidad. Es aquí donde se aprecia la incomparable valoración que poseen las relaciones y comunicaciones transgeneracionales.

Por otro lado, existe una elevada proporción de personas mayores que son jefes de familia, con personas que dependen de ellas para subsistir. En Chile el 26.3% de los hogares, cuentan con adultos mayores que aportan con el 50% o más, del ingreso (PUC, 2004), acogiendo, en ocasiones, hasta tres generaciones en sus viviendas.

Otro aspecto relevante refiere a que el aumento de la esperanza de vida, y la proyección de aumento de la población envejecida², pronostica la conformación de las personas mayores en un grupo de poder, ya sea porque se vislumbran atractivos para los mercados financieros y de salud –producción y consumo de bienes y servicios durante más tiempo, estimulando las economías nacionales y

² En Chile, entre 1920 y 1940, la población de adultos mayores, no superaba el 3.5% del total. En la década de los 90 alcanzó al 10%, sin embargo para el 2025 se estima que el porcentaje de ésta población alcanzará al 16%, vislumbrándose que nuestro país tendrá la característica de ser una población envejecida. (PUC 2004)

locales— o porque se constituirán en un grupo de importante valor político para los partidos. En este sentido, los adultos mayores paulatinamente se constituirán en una fuerza dinámica y potencial de desarrollo.

Desde umbrales mínimos a umbrales de excelencia

Se han presentado argumentos que han intentado develar la situación de subordinación, en que aún hoy en día, se encuentran los adultos mayores especialmente en los aspectos que dicen relación con las significaciones sociales de la vejez, y las características de la opresión en cuanto al bienestar económico. Sin embargo, no se debe desconocer la existencia de otros tipos de opresión, tales como las desventajas de género en el acceso a recursos y medios de producción. Como asimismo, las desigualdades que experimentan las personas adultas mayores que poseen algún tipo de discapacidad. Las desigualdades en la atención de salud, las dificultades en términos del acceso a viviendas adecuadas, entre otras.

De acuerdo a lo planteado, para pensar en intervenciones en el ámbito del envejecimiento que develen prácticas antiopresivas e iniciativas que permitan reconocer el sustrato conceptual desde donde abordarlas, se propone como primera instancia trabajar hacia la contribución de un cambio en la forma de mirar, de nombrar, de intervenir, de convivir, de construir la vejez y el envejecimiento, de tal modo que se considere como un fenómeno social caracterizado por su dinamismo, diversidad y complejidad.

A pesar que a nivel de expertos se han realizado discusiones en torno al tema de las conceptualizaciones y significaciones de la vejez, éstas quedan a nivel de reflexión, visualizándose aún de manera generalizada un abordaje del fenómeno a partir del déficit, el cual se refleja en las dinámicas sociales, las intervenciones de algunos profesionales y las representaciones de los propios adultos mayores.

Posicionar estas reflexiones en el espacio público, resignificando la vejez e influyendo la proyección de un nuevo imaginario social en las autoimágenes de las personas mayores donde las desigualdades pasen a ser diferencias (Matus, 2006), aunque representa una propuesta de umbral mínimo, puede presentarse como el andamia-

je para la realización de propuestas más especializadas y que avancen hacia un nivel de excelencia en la intervención.

En este sentido, dar cuenta de la complejidad del proceso de envejecimiento y potenciar procesos de intervención que se dirijan a “liberar” de la opresión a los viejos, desde este nivel de significación, se constituiría en el cimiento para el empoderamiento de los adultos mayores, de modo que en un futuro sean ellos quienes piensen en develar sus propias prácticas antiopresivas. Para esto es importante “promover una incorporación de la lógica de los derechos, aumentar la co-responsabilidad y la participación activa, contribuir a incrementar la autonomía y fortalecer posibilidades ciudadanas” de las personas mayores (Matus, 2006).

Reflexiones finales

En Chile, no existen movimientos reivindicativos de adultos mayores, a diferencia de otros países donde agrupaciones de jubilados o pensionados son capaces de plantear sus requerimientos; o bien, cuando existen reivindicaciones particulares de los jubilados y pensionados, son estrictamente relacionadas con el mejoramiento de su particular situación, dejando fuera a todos aquellos adultos mayores que no cuentan con ésta condición.

Desde el punto de vista institucional, el Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA), creado en el año 2003, se ha constituido en un intento incipiente del Estado por establecer iniciativas tendientes a reivindicar los derechos de los adultos mayores. Una muestra de ello es la creación de la Política Nacional del Adulto Mayor. Sin embargo las acciones emprendidas en términos de participación social, tienen relación con el fortalecimiento de las organizaciones de base de adultos mayores cuyo alcance, hasta el momento, ha sido esencialmente recreativo, sin lograr niveles de participación de mayor complejidad que permita a los mismos adultos mayores conducirse hacia la concreción de sus reivindicaciones.

“Es necesario, por lo tanto, un empoderamiento de las personas mayores en el sentido que se hagan cargo de los problemas de su generación, donde la identidad no necesariamente pase por pertenecer al club de ancianos tal o cual o por ser jubilado o pensionado, sino por constituir un grupo social que va a tener un poder importante en la definición política y social de este país en un futuro” (Huenchuán 2005:38).

Lo anterior requiere el fortalecimiento de la ciudadanía, la cual se vincula al ejercicio de sus derechos sociales, a la posibilidad de hacer presión para que sus demandas sean atendidas por el Estado y a posicionar sus temas en la agenda pública, ejerciendo sus derechos y reivindicando aquellos que son vulnerados.

“La importancia cuantitativa y cualitativa de las personas mayores en todos los ámbitos de la vida social plantea un reto fundamental a nuestras formas de organización social, de gestión política y económica en los próximos cincuenta años” (Huenchuán 2005:21) en la medida que las personas mayores formarán un gran y creciente segmento de la población que tendrá, además, una alta incidencia en las decisiones del futuro.

De acuerdo con lo anterior, el proceso de envejecimiento implicará cambios profundos en el sistema de roles, estatus, y posiciones sociales de las distintas categorías y estratos de la población. Corresponde a un proceso no exento de tensiones y conflictos en el cual se redefinirán los patrones de acceso y distribución del poder, de la decisión etaria del trabajo –y por cierto de los recursos disponibles–. Se trata de una transformación demográfica con consecuencias de todo tipo, entre ellos el replanteamiento de una forma de organización social construida en torno a una población joven.

Estas proyecciones requieren de intervenciones antiopresivas que hayan alcanzado niveles de excelencia, es decir, que les permitan a los adultos mayores constituirse en un grupo con legitimidad social; que hayan potenciado el desarrollo de estudios integrales que den cuenta y respondan a la complejidad del fenómeno del envejecimiento, traduciéndose en acciones que generen impacto público y permitan su reconocimiento y aplicación a nivel social.

Para finalizar, es importante señalar que estas intervenciones no tienen cabida si su realización deja fuera a los diversos miembros de la sociedad, de este modo es importante “pensar en un nuevo pacto social concordante con las nuevas desigualdades generadas en la sociedad actual” (Ludi 2005:51) que permita, como señala este autor, repensar lo social y refundar la solidaridad, de modo de articular coherentemente la equidad permitiendo un lugar de ciudadanía para los viejos, sobre todo para aquellos que se encuentran en situación de pobreza.

Bibliografía

- Aranibar Paula (2001). *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina*. CEPAL-ECLAC, Santiago de Chile.
- Barros, Carmen (2004), "Condiciones Sociales del Envejecimiento" En: *El buen Envejecer*. Diplomado de Gerontología a Distancia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Butler (1970) En: Ludi (2005). *Envejecer en un contexto de (des) protección social*. Universidad nacional de Entre Ríos. Espacio. Buenos Aires.
- Dominelli Lena y Hielen MacLeod (1999). "Trabajo Social Feminista". Col. *Feminismos* N° 53. Ediciones Cátedra. Madrid.
- Duarte Claudio (s/a). "¿Juventud o Juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles". En: *Revista Pasos* N° 93, Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José de Costa Rica.
- Giddens Anthony (1998). "Las consecuencias de la Modernidad". En: Luhmann Niklas *Complejidad y Modernidad*. Trotta. Madrid.
- Giddens Anthony (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus. Madrid.
- Héller Agnes (1990). *Hacia una teoría de los sentimientos*. Ediciones La Piqueta. Barcelona.
- Huenchuán Sandra (2005). "Impacto del Crecimiento de la Población de Personas Mayores en Chile". En: *Los Desafíos Actuales del Adulto Mayor. Cambiando la visión negativa de la Tercera Edad*. Pontificia Universidad Católica de Chile y Colmena Golden Cross: Editorial CIEDESS. Santiago de Chile.
- INP, Hospital Clínico Universidad de Chile (2006). *Manual de cuidados básicos para la adulta y el adulto mayor con algún grado de dependencia. En buenas ma-*

nos. Publicaciones Universidad de Chile. Santiago de Chile.

- Lechner, Norbert (1998). "Políticas sociales, estado, mercado y tercer sector". En: *El estado y la sociedad civil en las políticas sociales*. Consejo Nacional para la superación de la Pobreza. Serie Documentos n°1 Santiago de Chile.
- Ludi, María del Carmen (2005). *Envejecer en un contexto de (des)protección social. Claves Problemáticas para pensar la intervención social*. Universidad nacional de Entre Ríos. Espacio. Buenos Aires.
- Pérez, Lourdes (1997). *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*. IMSERSO. Madrid.
- Pizarro, Roberto (1999). *Vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe*. CELADE, LC/DEM/R.298, Santiago de Chile.

Recursos electrónicos:

- Matus Teresa (2006) "Apuntes sobre Intervención Social". En: http://www.fcp.uncu.edu.ar/skins/www_fcp/download/APUNTESSOBREINTERVENCIONSOCIAL.pdf
- PNUD (1998) Desarrollo Humano en Chile 1998. *Las paradojas de la Modernización*. "Elementos para la comprensión de la Seguridad Humana en la modernidad" En: www.desarrollohumano.cl
- Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) (2004). *El buen Envejecer*. Diplomado de Gerontología a distancia. Santiago. En: www.empowermentzone.com